

IRÈNE  
NÉMIROVSKY

EL BAILE | LAS MOSCAS DE OTOÑO

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO  
MAURO ARMIÑO



PUNTO  
DE VISTA  
EDITORES

Colección CLÁSICOS, 3

Títulos originales:

*Le Bal*, 1929

*Les Mouches d'automne*, 1931

© De la traducción del francés, Mauro Armiño, 2023

© Del prólogo, Mauro Armiño, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

[info@puntodevistaeditores.com](mailto:info@puntodevistaeditores.com)

[puntodevistaeditores.com](http://puntodevistaeditores.com)

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Ilustración de cubierta: *Ruby et Sagan*, Tito-Livio de Madrazo (hacia 1900)

ISBN: 978-84-18322-94-5 | Thema: FBC | Depósito legal: M-14298-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

PRÓLOGO	9
EL BAILE	23
LAS MOSCAS DE OTOÑO	77

# PRÓLOGO

Cuando la familia Némirovsky llega en 1919 a París, después de pasar por Finlandia y Suecia huyendo como un gran número de judíos de la Revolución de Octubre de 1918, prácticamente se ve obligada a partir casi de cero. El padre, Leonid Némirovsky, un «oscuro judío» según la acomodada familia de su mujer, persiguió por encima de todo la ambición de hacer fortuna, tanto en la Rusia de los zares como en su exilio francés; alto banquero desposeído por la Revolución de sus bienes, en Francia volvió a convertirse, arrastrado «por la maldita sed del oro» que privó a la hija de su padre, en lo que había sido con los zares: un importante banquero, cabeza de una familia desunida, que dejó vía libre a su esposa, Anna Margoulis (1887-1989), llamada familiarmente Fanny (o Jeanne), para que hiciera realidad sus antojos, su obsesión por la vida social y la exhibición de su estatus de riqueza; de hecho, entre ambos esposos «las palabras eran reemplazadas por cifras», dirá un personaje de *El vino de la soledad*. Datos importantes, porque inspirarán buena parte de las raíces que sustentan toda la obra de Irène Némirovsky (1903-1945). Educada en la lengua francesa que utilizaban la nobleza y la alta burguesía de la época de los zares más que la lengua rusa —la propia autora asegura haber hablado aquella antes que esta—, no le costó nada integrarse con 16 años en la nueva sociedad a la que el exilio condenaba a su familia; además, antes de ese exilio,

los adinerados Némirovsky —madre, hija e institutriz— pasaban anualmente unas vacaciones en los lugares de moda de Francia, lujosos hoteles de París, de balnearios (Vichy, Plombières, etc.), en la Costa Azul y en Biarritz; todavía en 1934 recordaba «los monos del Jardin des Plantes y su sexo escarlata», sus juegos en las Tullerías o en los Campos Elíseos con chicos franceses.

Para ese momento de instalación en Francia, Irène ya había perdido dos madres, esa Fanny carente desde el inicio de cualquier sentimiento maternal, y luego su institutriz francesa, llamada Zézelle (pronunciación infantil de *Mademoiselle*), que, además de enseñarle la lengua, llenó su soledad infantil y sustituyó a la madre real en el corazón de la hija abandonada; fue la única persona que salvó una infancia inundada por la tristeza, el desprecio y los constantes castigos de una madre centrada de forma exclusiva en sus amantes mientras a Leonid sus negocios lo obligaban a constantes viajes.

La integración en la vida francesa de Irène fue rápida: en su adolescencia rusa había leído a los grandes escritores del Hexágono y, tras estudios en la Sorbona, no tardaría en descubrir su vocación literaria. Un apasionamiento real que la lleva, antes de cumplir los 19 años, a publicar un pequeño sainete dialogado (*Nonoche chez l'extra-lucide*, 1921), al que siguen tres novelas escritas a partir de ese año aunque publicadas, algo más tarde —en 1926, 1927 y 1928, respectivamente (*Le Malentendu*, *L'Enfant genial*, y *L'Ennemie*)—, antes de que su obra mayor del periodo, *David Golder* (1929), una crónica sobre una familia hebrea burguesa, se convierta en un éxito. Esta novela de costumbres, calificada de «obra maestra», pondrá el nombre de Némirovsky en la vida literaria, será traducida a una decena de lenguas y conseguirá que el director Julien Duvivier la convierta en

1931 en una de las primeras películas habladas del cine francés. No fueron unánimes los elogios: una parte de la crítica aludió a una de las constantes visiones negativas sobre la obra de Némirovsky: su presunto antisemitismo, al que la narradora responde enseguida: esa novela, a la que en alguna ocasión calificó como la «historia de papá y mamá», no era sino una visión de «la sociedad que mejor conozco y que se compone de gente descentrada, sacadas de su ambiente, del país en el que normalmente hubieran vivido, y que se adaptan sin choque, pero no sin sufrimiento a una vida nueva».<sup>1</sup> Sus protagonistas judíos, desde Golder a Soifer, movidos exclusivamente por la ambición del dinero, daban la razón en principio a las acusaciones de antisemitismo, cuando a pocos metros de la frontera, en Austria y Alemania, empezaba a surgir la ideología nazi que tenía en los judíos su blanco preferido, y que terminaría levantando, sobre millones de cadáveres, el Holocausto. Tuvo de su parte, sin embargo, personajes como André Maurois o Benjamin Crémieux (188-1944), importante intelectual judío y apreciado crítico del periodo, corresponsal de Marcel Proust, sobre quien escribiría su primer libro;<sup>2</sup> miembro de la Resistencia, Crémieux terminaría como los Epstein en un campo de concentración, el de Buchenwald, el 14 de abril de 1944.

Había empezado a escribir *David Golder* en 1925, pero, entre los descansos que esa narración larga exigía, Némirovsky termina dos *nouvelles* admirables; en primer lugar, *El baile*, publicada poco antes, pero en ese mismo año de 1929: es un relato atroz y despiadado con el que la autora se gana elogios y titulares de personalidades literarias importantes en ese momento como Colette o Jean Cocteau («Obra maestra»).

1 Entrevista radiofónica, M. J. Viel, «Comme travaille une romancière» (1935).

2 *Du côté de Marcel Proust suivi de Lettres inédites de Marcel Proust à Benjamin Crémieux* (1929).

Cuando casi diez años más tarde asista a una adaptación teatral de *David Golder*, ella misma se horroriza ante la dureza con que ha descrito el ambiente judío en su novela, y llega a decir a su marido: «¿Cómo he podido escribir una cosa semejante?... Ahora lo haría muy diferente».<sup>3</sup> Entre su publicación y esa fecha, Europa había convulsionado por el ascenso al poder de Hitler y del partido nazi que tenía entre sus señas de identidad el antisemitismo; en noviembre de ese año de 1938 acometerán una escalada en sus progroms antijudíos con más de 30 000 deportaciones y varios cientos de asesinatos tras la Noche de los Cristales Rotos. Los defectos y vicios que la escritora había encontrado en su novela, de hecho un cuadro de costumbres del ambiente en el que la autora se movía, se convertían ahora en arma arrojada de sus enemigos contra la «raza maldita».

Antes incluso que *El baile*, había escrito la *nouvelle Las moscas de otoño*, cuyo contrato con el editor Simon Kra, datado en 1928, se materializará finalmente en una edición por suscripción en 1931, en la colección Femmes, donde habían aparecido textos de Paul Morand, Jean Giraudoux, Henri de Régnier, Colette, entre otros. El título de esa primera edición rezaba *Las moscas de otoño, o La mujer del pasado*, coletilla luego eliminada; por otra parte, este relato no hacía sino reescribir, con mayor habilidad, otro de sus primerísimos escritos, *La Niania*, publicado en *Le Matin* en mayo de 1924, aunque con grandes cortes y algunos añadidos hechos por los redactores de la sección «Mille et un matins» del periódico de la que se encargaba la escritora Colette.

En la mayor parte de la narrativa de Irène Némirovsky hay un fondo autobiográfico cuyos datos la novelista diluye, mezcla y reinventa al trasladarlos al campo de la ficción, por lo que sería un error reducir la obra a la

3 Entrevista en *Les Nouvelles littéraires*, 4 de junio de 1938.

dimensión existencial de la autora; si en la narración de madurez *Le Vin de solitude* (*El vino de la soledad*, 1935) emerge sobremedida ese aspecto, las dos novelas cortas que recoge este volumen, *El baile* y *Las moscas de otoño*, son traslado de experiencias vividas. Traslado tan directo en esa primera etapa que la «confesión» de sus opiniones y sentimientos respecto al ámbito familiar le impidió firmar *El baile* (febrero de 1929) con su apellido; utilizó el pseudónimo Pierre Nerey (anagrama de Yrene), ya empleado en su anterior novela, *L'Ennemie* (julio de 1928). La ocultación del nombre real de la autora estaba justificada; eran demasiado transparentes las duras y agresivas relaciones entre madre e hija que centran el peso de la narración: Gabri en *La enemiga*, y Antoinette en *El baile* convierten el relato en un exutorio del odio visceral de una hija contra su madre, tan visceral y vengativo que resulta difícil encontrar otro caso semejante en la literatura; el de Balzac, por ejemplo, es muy distinto: hay indiferencia materna, pero no escritura vengativa de parte del novelista, citado como referente —por otra parte equivocado— por el editor Grasset en los encartes publicitarios de *David Golder*. A ese pseudónimo (y a otros) recurrirá Némirovsky cuando el gobierno de Vichy decretó, durante la ocupación nazi de Francia, las leyes raciales y prohibió a las casas de edición francesas publicar obras de autores judíos; en ese momento, anteriores editores se difuminaron y decidieron adaptarse a la legalidad, y solo aceptaron las novelas y cuentos de Némirovsky, bajo distintos pseudónimos, la editorial Albin Michel y *Gringoire*, semanario antisemita para el que trabajaban varios colaboradores judíos y algún resistente, «por cálculo» para el futuro de su propietario; entre esos colaboradores figuró Némirovsky, que, desde la muerte de su padre en 1932 —Leonid había dejado casi todos sus bienes a Fanny, con

la que ya estaban definitivamente rotas las relaciones de la hija—, tuvo que ganar el dinero suficiente para alimentar a su familia y permitirse seguir pasando sus lujosas vacaciones en Hendaya (solo hasta 1939). El Estatuto de los Judíos, decretado por el mariscal Petain el 3 de octubre de 1940, los excluye no solo de la función pública, sino de la prensa, de los espectáculos, de la enseñanza, además de señalarlos como susceptibles de ser internados en «campos especiales». Desde agosto de 1940, fecha en la que su marido fue despedido de su empleo en la banca francesa, y desde el año siguiente, cuando en abril quedan congeladas en la Francia ocupada las cuentas bancarias de los judíos, Némirovsky se ve obligada a seguir escribiendo; la precaria situación económica se agrava con las deudas del marido, impidiéndoles llevar la vida que hasta 1938 mantenían; un cuento de ese año, «Esperanzas», refleja esa sensación de vivir en la miseria después de haber perdido sus lujos y comodidades anteriores. Esa economía de «guerra» tuvo un final trágico: detenida por la gendarmería francesa (13 de julio de 1942) y entregada a las autoridades alemanas, fue deportada al campo de exterminio de Auschwitz, donde moriría de tifus un mes más tarde, el 19 de agosto. Poco después del traslado de Némirovsky a Auschwitz sería detenido su marido, Michel Epstein; enviado a ese mismo campo, fue ejecutado en una cámara de gas el 6 de noviembre de 1942.

No parece que el matrimonio —como gran parte de la población europea concernida— viera venir el horror que se avecinaba; era impensable esa Segunda Guerra Mundial con sus millones de muertos en combate y sus millones de asesinados —en su mayoría judíos— en los campos de exterminio. Aunque la novelista no había conseguido la naturalización francesa, tanto ella como su marido se habían convertido al catolicismo, estaban perfectamente integrados,

gozaban de una buena posición económica, él como gestor bancario, ella como novelista «francesa» de renombre. A última hora, cuando se avecinaba y se produjo la detención de Némirovsky, ambos se movilizaron, recurrieron a sus altas amistades y encontraron algunos apoyos que nada pudieron hacer; también rechazos, algunos tan desgarradores como los del matrimonio amigo formado por el escritor Paul Morand y la princesa Soutzo; esta, dueña de una gran fortuna procedente de un banco griego propiedad de su padre y de los campos de petróleo rumano, había vivido durante la Primera Guerra Mundial en un apartamento en el Ritz, donde varias veces a la semana acudía a cenar con ella y con Morand su amigo Marcel Proust, pálido ya y agotado, pero todavía capaz de dirigir la conversación de manera brillante. En ese momento, con Némirovsky ya detenida, no pareció importarle a Soutzo que el autor de *A la busca del tiempo perdido* perteneciera también, por parte de madre, a la «raza maldita»; veinte años más tarde la princesa se había convertido en una «antisemita visceral»<sup>4</sup> a la que pidieron recurrir a su amistad el embajador del Tercer Reich en París, Otto Abetz; la razón alegada por Soutzo era tan injustificable como falsa; se negó a ayudarla porque Némirovsky era «antirrevolucionaria por supuesto, pero no antibolchevique»; no le parecía suficiente garantía haber huido de prisa y corriendo del nuevo régimen, ni que en su obra no hubiera descrito los excesos revolucionarios: por ejemplo, en *Las moscas de otoño*, el asesinato por el antiguo cochero de la familia de Yuri, antes su amo. El marido de la princesa, Paul Morand, miembro del cuerpo diplomático, no tardó en adherirse al régimen de Vichy, lo que le valió la denuncia por colaboracionismo y diez años de exilio en Vévey (Suiza).

4 Philipponnat O. y P. Lienhardt (2007): *La vie d'Irène Némirovsky*, Paris, Grasset Denoël, p. 528.